

PRÓLOGO

*Le vi avanzar como hilo de luz
por las generaciones y los siglos,
en la lucha de contrarios, en el mundo del caos.*

A.W. AL-BAYATI

El pintor hispanoiraquí Hanoos camina en estos últimos años entre los hilos de luz simbólicos del poeta bagdadí Abdel-Wahab Al-Bayati (1926-1999) y los rayos de luz, reales pero inaprensibles, de otro ilustre paisano nacido en Basora, el filósofo, físico y astrónomo Hasan Ben Al-Haytham (965-1040 d. C.), el Alhaicén o Alhacem que los escolásticos latinos apodaban Ptolomaeus Secundus. Ese “hilo de luz” o “hilo de sangre” del poeta que Hanoos llenará de manchas de color para esbozar el concepto de revolución permanente, del hombre o artista revolucionario que atraviesa las diferentes culturas, para dibujar la noción de tiempo histórico cuya línea en espiral, progresando e interiorizándose, va en busca del signo de la libertad. Esos rayos de luz que Alhacem tratará de apresar en un espejo esférico o una cámara oscura para demostrar que

la percepción óptica implica un proceso que no puede ser simplemente atribuido a la actividad de las facultades de la percepción sensible, sino que nos conduce a una metafísica de la luz, a la iluminación de las jerarquías angélicas, teoría que Hanoos reformulará diez siglos después al afirmar que las imágenes no cobran forma en el interior del ojo, sino en la imaginación.

Al nacer Hanoos en la ciudad provinciana de Kufa en 1958, fecha exacta de la revolución republicana, nacionalista y socializante de Abdel karim Kássem, la capital del país, Bagdad, está inmersa desde una década atrás en una efervescencia literaria y artística suscitada por la labor renovadora y crítica de centros públicos de enseñanza como la Escuela Superior de Magisterio, de donde surge la mayoría de los miembros del Movimiento del Verso Libre que funda la poesía árabe verdaderamente contemporánea, o el Instituto de Bellas Artes, en torno al cual se constituye el Grupo de Arte Moderno impulsado por el gran pintor, escultor y muralista Xawad Salim. Esos elementos de modernidad activa se mantienen plenamente durante el régimen de Saddam Husein, de modo que cuando Hanoos ingresa en los años setenta en el Instituto de Bellas Artes se encuentra con programas de estudios similares a los vigentes en las Academias y Facultades europeas, a los que se añade en Bagdad una atención específica a asignaturas tradicionales como la caligrafía árabe o la ornamentación geométrica.

Con este bagaje, nuestro entonces jovencísimo pintor no halla mayores dificultades a lo largo de los años ochenta para acomodarse en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid, convalidar sus estudios y presentar brillantemente su tesis doctoral sobre Al-Wásiti, fundador de la escuela bagdadí de miniaturistas en el siglo XIII. Pero sí nos confiesa el gran impacto que le causa la contemplación directa de las obras de las vanguardias española y europea, las radicales propuestas del cubismo de Picasso y Juan Gris, el surrealismo de Miró con su minuciosa fragmentación cromática. Hombre de su época cuyo sentimiento de “trasterrado” no le impide asentarse vital y emocionalmente en su nuevo país, su fuerza le viene de esa doble mirada oriental y occidental, esa mirada hispanoárabe. Pintor español en las técnicas de composición, inserto de modo natural en las diversas corrientes plásticas con las que convive a diario. Artista iraquí en las llamadas e impulsos de donde nacen sus grandes trabajos.

Cuando en 2003 el ejército usamericano, sus entusiastas aliados y sus vergonzantes mamporreros occidentales y orientales rematan la criminal destrucción de Irak, cuya primera y devastadora fase habían desencadenado ya a principios de 1991, Hanoos se encierra casi tres años en su estudio hasta terminar una gran serie titulada *Bagdad*, sesenta piezas que componen un enorme políptico donde refleja dolorosamente el horror y la muerte que señorean su país de origen. Poco después, en un seminario organizado

por el Museo Thyssen, sobre Marc Chagall, queda fascinado por su poética expresiva y colorista, las composiciones oníricas y ese extraño simbolismo con el que se identifica en la huella semítica común. Por estos mismos meses o años, Hanoos se ha sumergido en la lectura o relectura de la poesía árabe contemporánea con el fin de levantar un proyecto que penetre en el sentido de los textos y extraiga todas las posibilidades de interpretación plástica de la palabra. La pintura de Chagall y la poesía de Al-Bayati confluyen en su último gran trabajo, la serie *Hilos de Luz* inspirada en un poema de idéntico título del libro *El que viene y no viene* (Beirut, 1966). Entre enero y octubre de 2014, la serie se expuso al público en la Fundación The Mosaic Rooms de Londres y en las salas de la Casa Árabe de Madrid y de Córdoba. En otro poema posterior, “Meditaciones sobre el otro rostro del amor”, incluido en el libro *El reino de la espiga* (Beirut, 1979), título de expresas e intencionadas resonancias lorquianas, Al-Bayati se dirige así al lector:

No escribo poemas desde mi memoria o a través de la memoria de la herencia malograda, sino que me desangro tras las barricadas en la guerra de guerrillas de la poesía contra las costumbres rellenas de paja, contra la muerte gratuita. Habitado por fuerzas revolucionarias, por la energía del universo mutable, construyo una memoria para la existencia del hombre presente y ausente. Mi alma es barco que zarpa hacia dentro y hacia fuera, buscando la esencia de este amor permanente y variable en el fondo histórico de la creación, en la galería de espejos del siglo veinte.

Si cambiamos *escribo poemas* por *pinto cuadros* y donde dice *la poesía* decimos *la pintura*, estoy convencido de que Hanoos suscribiría punto por punto esta declaración de intenciones, tan llena de esperanza y tan desolada al mismo tiempo.

Federico Arbós
Arabista y Traductor